

LAURA MARTÍNEZ-BELLI

LA MESA HERIDA

AE
& I
✿



Laura Martínez-Belli



La mesa herida

Frida

México, 1935

Es de día y unas palomas están apostadas en el barandal del puente que une las dos casas. Frida las espanta con la mano, shu, shu, y las palomas alzan vuelo zureando a disgusto.

—Mugres palomas —dice cuando ve el puente todo cagado.

Frida sigue avanzando y entra en el territorio de Diego. Escucha ruidos. Gemidos. Conoce el sonido del placer. Y también conoce esa voz. Esa voz familiar que ha oído desde que tiene memoria. «¿Cristina?», se pregunta. Se detiene y se lleva las manos a la boca entre divertida y sorprendida a la vez.

Sí. Es ella.

Ríe la osadía de su hermana. Meter a un hombre en el estudio de Diego.

«Mira qué viva salió mi Kitty», y alza las cejas.

Por un momento se alegra. «Ya le hacía falta», piensa.

Y entonces, la curiosidad. La maldita e indiscreta curiosidad que mató al gato. Espiar a su hermana haciendo el amor hace que le pique bajo las flores del pelo. Ha visto otros cuerpos amándose, revueltos. Piernas entrelazadas en espiral. Pero jamás a su hermana. Nunca a su otra mitad. Porque Frida y Cristina son cuasi gemelas. Se llevan apenas unos meses y Cristina siempre ha estado ahí, orbitando como un satélite.

Frida avanza con la negrura de su pelo.

Porque Frida es un agujero negro que se fagocita todo. Su fuerza es tal que el mundo, comparado con ella, está deslavazado. Cuando Frida ríe, cascabelean los dientes. Frida arrolla. Frida entra en una

habitación y todos voltean su mirar hacia ella. No por su aspecto, sino por su fuego. Frida es una zarza ardiendo. Así ha sido siempre. Cristina no. Cristina es invisible. A ella nadie la ve. Aunque sea más bonita. Aunque tenga dos esmeraldas verdes en los ojos y dos piernas parejas. Cristina pasa desapercibida porque siempre ha sido la que va detrás. La sombra. La que está para servirle. Su bastón. «Kitty, ayuda a tu hermana a caminar», «que no se caiga», «que no se tropiece», «acompañala». Y Cristina siempre obedece. Kitty es la menor, pero Frida es Frida. Y se traga toda la luz a su alrededor.

A Frida siempre le ha gustado ver el amor. Contemplar al cuerpo gozar en vez de padecer. Los rostros extasiados de la carne cuando no siente dolor. A mujeres y a hombres por igual. El placer no tiene género. Así que avanza. Avanza discreta para espiar, para asomarse por esa ventana por la que, cuando era niña, veía a la otra Frida imaginaria con la que jugaba.

Y los ve.

Sobre los bocetos del mural.

Sobre papeles y carboncillos.

Sobre la mesa.

Frida abre los ojos. La incredulidad la deja pegada en un charco de alquitrán. Una mosca en un papel dulcemente fragante. Mira y abre la boca. No lo puede creer. «No puede ser, no puede ser», se repite. Y enseguida se da la vuelta porque sabe que esa visión la atormentará por el resto de sus días. Aprieta los ojos. Para no ver, para borrar. Si pudiera, metería la cabeza en la tierra. Pero ya es tarde. Muy tarde. Se tapa los oídos, pero los oye. Los gemidos de su hermana la surcan, la perforan. Gusanos que horadan los tímpanos y la muerden a bocados chiquitos. Porque son ellos. Son ellos. ¡Ellos dos!

Frida grita.

Un grito que sale desde sus entrañas rotas. Un grito opaco que hace que Cristina salga despavorida con las manos sobre el pubis, y deja a Diego panza arriba, un sapo desnudo que le dice:

—Frida...

Sólo eso. «Frida». Y ella le grita desgarrada:

—¡No me nombres!

Él ni siquiera hace por levantarse.

Frida abre la boca, pero de su garganta sólo salen palabras muertas, y de sus oídos, un pitido. Porque la acaban de arrollar otra vez. No quiere saber nada. Ha visto lo que ha visto. Ha sucedido. Las personas que más ama en el mundo. Amándose. A traición. Y mientras va caminando a toda prisa de regreso para cruzar el puente que une el estudio de Diego con su casa, esas casas separadas pero juntas, se va diciendo: «Pero cómo pude ser tan pendeja, ¡tan pendeja!». Las lágrimas no caen. Detenidas en el horror. En la estupefacción. No saben si rodar mejilla abajo o congelarse en la frialdad de aquel témpano. Frida intenta reconocer ese dolor. Pero no puede. Los otros sí los conoce. Pero éste no. Éste es nuevo. Y descubrir que aún hay dolores desconocidos la deja perpleja. Por un momento piensa que Diego irá tras ella. Que la consolará. Que se explicará. Que le hará al cuento. Pero ni eso.

Nadie la sigue.

Está sola.

Se abraza y se hace un ovillo.

Por primera vez en su vida cree que no lo podrá resistir.

Y entonces sí, las lágrimas se estrellan contra el suelo y la tierra sobre la que caen da un saltito hacia atrás. Lloro. Lloro mucho. Cree que no podrá soportar nada más.

Aún no lo sabe, pero resistirá. Se sobrepondrá a esa pérdida, a la desilusión, al dolor, como se sobrepone a todos. A todo. Porque Frida es una sobreviviente. Una mujer fuerte a pesar de la debilidad de su cuerpo. Y con toda esa traición amasará una imagen mental de llanto, de sangre. Una herida que la atravesará y dejará una cicatriz invisible. Pasarán los años, los días, los segundos y un día entrará al estudio de Diego y pedirá que le saquen esa mesa. La mesa en donde Cristina y Diego... En la que Diego y Cristina. Y la mandará a hacer añicos hasta convertirla en serrín. La compactará, la apisonará hasta reducirla a un tablón delgadito con olor a pasión. A traición. Cerrará los ojos y hurgará en el centro de su dolor con las manos desnudas.

Y pintará.

Pintará *La mesa herida*.

Olga

Moscú URSS, diciembre 1947

Hacía un par de horas que Moscú había despertado del letargo de la noche y el sol asomaba sobre un cielo celeste sin nubes. Tendida en el sofá, Olga Simonova aún seguía adormilada. Imaginó un círculo amarillo, un cuadrado negro y un brochazo azul. Paladeó los colores con el cielo de la boca. Alzó una mano y trazó formas que sólo ella veía. Después tomó aire y se lo metió despacito en los pulmones. Luego empujó todo eso al desván de sus ilusiones, un sitio oscuro y silencioso del que hacía mucho tiempo había tirado la llave. Y abrió los ojos. Se estiró. Se dio un par de palmaditas sobre las mejillas heladas, se puso de pie de un salto y se dijo:

—A trabajar.

Desde hacía poco más de un año trabajaba en la voks, la Sociedad para las Relaciones Culturales con el Exterior. Fungía como secretaria, aunque en sus documentos constaba que tenía estudios de pintura y restauración en la Escuela de Artes de Moscú.

—¿Así que pintora? —le había dicho su jefe Boris Bazhenov el día de su incorporación a la oficina, a lo que Olga asintió con cierta timidez.

—Poco de eso te va a servir aquí.

Y con esa simpleza se zanjó el asunto.

Olga era una jovencita culta que hablaba idiomas, hija de padre moscovita y madre vienesa, de mediana estatura —aunque junto a su jefe parecía un ciprés—, pelo corto a la altura de la barbilla, unos ojos hundidos de pestañas tímidas que apenas asomaban tras los párpados, boca rasa de tabla de barco pirata y un colmillo lige-

ramente apiñado hacia adelante que la hacía apretar los labios al sonreír.

Leía a escondidas a Mayakovski y a Burlíuk, y debía tener unos diez años menos que su jefe porque su padre (que había muerto de una hemorragia cerebral hacía años) solía presumir de tener una verdadera hija de la Revolución. Y es que Olga había nacido en diciembre de 1922.¹

Sus primeros recuerdos no eran, sin embargo, sobre revoluciones y bolcheviques, sino cuadros. Cuadros de colores. Rayas atravesadas de lado a lado, rostros deformados de personas en verde y en añil. Perspectivas imposibles. Blancos sobre blanco. Cuadros regados con la admiración de su madre, que la llevaba a ver obras de vanguardia desde que era tan pequeña que Olga tenía que levantar la cabeza para contemplarlas desde abajo. Su madre le hablaba en alemán y le decía nombres extraños, Chagall, Kandinsky, Malévich, con la voz dulce y melódica de los secretos susurrados. La voz con la que se le habla a las plantas.

—Mira, Olga, de todos los misterios del mundo, ninguno es tan profundo como la creación.

Palabras que la pequeña Olga no entendía, pero que guardó en la recámara de su memoria por la misma razón.

Agarrada de la mano de su madre, recorrió museos repletos de arte de vanguardia. Un arte elitista que entonces ninguna sabía que pronto sería mandado al ostracismo. Su madre se agachaba para poder hablarle bajito, a la altura de los oídos, y le susurraba:

—El arte nunca debe ser sumiso. No te sometás nunca, Olga. —Y luego le decía—: Ésa es la verdadera Revolución.

Pero su madre murió demasiado joven y se llevó consigo la libre apreciación por la belleza y un chorro de cariño que nunca llegó a explotar.

Con los años, cuando Olga creció, se preguntó si esa voz insumisa que escuchaba en su interior cada vez que se plantaba ante un cuadro sería la de su madre o la voz de su interior. La voz de sus sirenas.

El padre de Olga, por otro lado, era mucho más parco, más práctico, y todo lo abstracto le venía demasiado grande. Cuando Olga le

¹ Año en el que se constituyó la URSS.

mostraba su retrato, figuras deconstruidas y superpuestas en todos los ángulos, el padre le rompía el papel.

—Tienes que pintar cosas que entienda la gente.

No hubo hoja rota capaz de hacerla desistir de su empeño.

—De mayor seré pintora —le decía.

Su padre se asomaba a esos dibujos imposibles.

—Pues pintando así no llegarás muy lejos.

Y después regurgitaba con la boca torcida y le decía que era más seguro y estable ser secretaria.

Olga pintaba y pintaba. Todo el tiempo. Al principio, sobre las paredes, lo que le hizo llevarse una buena regañina de su padre, pero cuando tuvo quince años, consiguió una beca para entrar en la Escuela de Artes de Moscú.

Los profesores quedaron prendados con su facilidad para el retrato. Copiaba a los grandes con relativa facilidad. Para su corta edad tenía un buen dominio de la perspectiva y reproducía obras del realismo socialista con soltura.

—Tiene mucho talento —decían los profesores al padre—. Si controla su impulso burgués, será una gran artista.

Olga tenía un don para el dibujo que frustraba al resto de sus compañeros, que le hacían el vacío y le daban la espalda. Pero, en cambio, los profesores le sonreían, orgullosos de tener a una artista más al servicio de la Revolución. Olga agradecía el cumplido, pero luego sentía picazón en las manos, porque aún escuchaba la voz de su madre diciéndole que el arte, el arte de verdad, no tenía por qué estar al servicio de nada ni de nadie.

Entonces vino la guerra y sus siete males. El hambre. La desolación. El invierno. La muerte. Y el fin definitivo de las vanguardias.

Pasaron muchas cosas. Demasiadas. La vida se convirtió en una apisonadora que aplastó todos sus sueños despacito, de uno en uno, mientras Olga los escuchaba crujir. Ramas secas crepitando en un fuego que llenaba el aire de vapores tóxicos. Su padre murió solo. Fue fulminante. Olga lo encontró tirado en el suelo en un charco de orines, aún con la expresión de susto en la cara.

Por más que intentó, las circunstancias se le voltearon a Olga como un gato panza arriba. La necesidad la llevó a dejar la pintura y buscarse un trabajo estable, algo con lo que poder subsistir. Y la buro-

cracia se presentó ante ella una mañana helada de octubre. Olga pasó ese umbral cabizbaja y agradecida. Tenía lumbre para calentarse y un plato caliente para cenar. Se convirtió en una secretaria eficiente y eficaz. Hasta que un día se fue a dormir y no escuchó nada. Entonces se dio cuenta de que ya no escuchaba la voz de su madre. Se había apagado. Su voz angelical fue sustituida por otra. Una voz masculina. Una voz áspera de lija de agua. La voz de su jefe, Boris Bazhenov.

Cuando Boris caminaba, el eco de sus pasos retumbaba en las paredes. A pesar de su pequeña estatura, su presencia se anunciaba incluso antes de su llegada porque se le oía venir. Sus piernas eran un par de baquetas rechonchas que asestaban el ritmo de su ambición sobre cada baldosa.

—La estatura de un hombre se mide de la cabeza al cielo —solía decirle su madre.

Era un hombre menudo de elevadas aspiraciones políticas.

Desde pequeño había sido el más bajito de sus hermanos, luego fue el más bajito de su clase y ahora era el más bajito de los jefes de departamento de la VOKS. Lo de su estatura era algo que creía superado, porque Boris Bazhenov se vanagloriaba mucho del pequeño gran triunfo que era ser jefe de departamento de una institución recién constituida como aquélla.

Su misión no era —como creía la mayoría a su alrededor— la de fomentar el intercambio cultural entre naciones no soviéticas ni la de generar relaciones amistosas con artistas extranjeros para ampliar el espectro creativo de los rusos que tendrían así acceso a los movimientos artísticos de los países occidentales. No, no, ni mucho menos. Eso ni hablar. Boris Bazhenov se encargaba de salvaguardar la salud mental de los rusos, cuidar que no consumieran arte extranjerizante sin valor político ni social. Despiojar los museos de todo lo que no fuera propaganda. Y se lo tomaba muy en serio. Sin relajarse ni un poco. Porque así se empezaba, pero luego no se sabía cómo se acababa. Y los extranjeros, bien lo sabía él, gustaban mucho de representaciones realistas carentes de mensaje social, obras burguesas, egocéntricas, individualistas que no representaban el sentir de un pueblo, ya no digamos el de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Cada vez que iba al Museo de Arte Occidental regresaba dando gracias a los soviéticos por haberles abierto la mente y librado de ge-

nerar artistas banales como Matisse, Renoir, Degas o Van Gogh, que se la pasaban contemplando nenúfares y cielos estrellados. El arte ruso socialista era otra cosa y siempre sería otra cosa.

Todas las mañanas, cuando Boris se sentaba en su escritorio, a mano derecha y a cuarenta y cinco grados de su estilográfica, una taza de té humeaba junto a una rebanada de pan tostado untado en mermelada. Boris le daba un trago al té, invariablemente se quemaba y maldecía con gran sentimiento, y luego mordía el pan con cuidado de no llenarse los bigotes de migas. Luego, empezaba a trabajar y no reparaba en Olga hasta que necesitaba revisar algún informe o dictar alguna carta siempre con carácter de urgencia. Sin dejar de ser eficiente (porque en realidad estaba haciendo cosas todo el tiempo), Olga tenía la capacidad de quedarse muy quieta y muy callada cada vez que su jefe irrumpía en el despacho de cortinas de terciopelo rojo. Olga había aprendido a moverse tan despacio y tan sigilosa que alguna vez Boris Bazhenov la había llamado a voces pensando que en la oficina no había nadie más que él. Entonces, Olga aparecía *ipso facto* frente a él y le metía a su jefe un susto de muerte.

Olga estaba acostumbrada al silencio. Compartía apartamento con Valentina, una *vdova* (viuda) que a lo mejor tendría unos cincuenta años pero que aparentaba setenta y que no hacía otra cosa que suspirar y beber cada quince minutos desde que supo de la muerte de su marido y de sus dos hijos en la ofensiva de Crimea. Bebía vodka sin consuelo y le gustaban más los gatos que las personas, aunque sólo había tenido dos (uno negro de parche naranja y otro atigrado), que en un principio creyó que eran los espíritus de sus hijos, y que también terminaron por abandonarla de un día para otro. Donde antes hubo bullicio, ahora sólo estaban ellas. Dos mujeres que compartían sus mutuas soledades.

El pequeño apartamento estaba en un décimo piso al que, por lo menos, le daba mucho el sol. Tenía una única habitación, un saloncito en el que solamente cabía un sofá de dos plazas tapizado en verde musgo, una minúscula cocina en cuya esquina reinaba una estufa de dos hornillas y un baño que Olga mantenía tan limpio que alguna vez había pillado a Valentina comiendo ahí, sentada en el excusado,

con un cuenco de papas cocidas en el regazo, la mirada triste clavada en el plato y una cuchara suspendida en la mano. Aquel apartamento era un lugar silencioso, sin hombres, sin hijos, ni perros, ni gatos, ni pájaros, en donde tal vez algún ratón cauteloso merodease por las noches.

Al volver de la oficina, nada más atravesar la puerta de madera, se escuchaba la voz de Valentina, balbuceante y arrastrada, el sonido sucio de un aparato de radio mal sintonizado por el vodka.

—Qué bien que has vuelto, que me tuviste abandonada toda la tarde, ¿por qué has tardado tanto?, ¿qué tanto hacías con tu jefe en esa oficina?, venga, siéntate y comamos algo, que te estaba esperando para cenar.

Eso era todo. Cenaban juntas, Olga besaba en la frente a Valentina cual hija amorosa, Valentina le daba un par de palmaditas en la mano y luego se retiraba al único cuarto del apartamento para irse a dormir. Olga dormía en el salón, pero corría una cortina que deslizaba sobre una barra de madera para poder tener un poco de intimidad. El silencio reinaba sólo unos minutos porque Valentina roncaba peor que su marido.

Pieter.

Su Pieter.

Su amado y querido Pieter.

Pieter fue una de las razones por las que dejó de pintar.

Todas las noches, antes de caer rendida por el sueño, Olga hacía un esfuerzo por recordar el sabor de sus besos. Cada vez le costaba más trabajo y eso la llenaba de terror. Entonces, se obligaba a recordar los ángulos de su rostro, sus cejas pobladas, el tacto del cabello recién cortado a navaja, su risa abierta de muchacho guapo. ¿Estaría durmiendo Pieter también en medio de un salón en un apartamento compartido? ¿Estaría intentando recordarla? ¿La habría olvidado?

Echó cuentas con los dedos. Cinco. Cinco años sin verse. Una eternidad para un matrimonio. Pieter, como tantos y tantos hombres, había sido reclutado y asignado al batallón de tanques del Ejército Rojo. Se marchó entusiasta, con una ilusión y un patriotismo que no le cabían en el pecho. A Olga, sin embargo, se le encogían en la misma medida. Antes de partir hacia Stalingrado —los habían reclutado para la operación Azul—, Pieter le había dicho:

—Pararemos a los fascistas alemanes.

Olga sólo había bajado la cabeza, incapaz de atreverse a dudar, pero sin creerle del todo.

—Volveré, Olga, te lo prometo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Te esperaré todos los días hasta que vuelvas.

—Volveré.

Y luego se besaron. Un beso seco. Lleno de pesar.

Un par de semanas después, Valentina notó que Olga estaba más pálida y ojerosa. Con los ojos chiquitos y apretaditos.

—Tú estás embarazada —le dijo.

Y Olga se llevó las manos al vientre.

No se había atrevido a decirlo en voz alta. Ni siquiera a pensarlo.

—¿Cuántas faltas tienes?

—Dos —dijo Olga. Y se echó a llorar.

—Ay, criatura.

Las dos mujeres se sentaron en el sofá. Valentina le sobaba el pelo como antes se lo acariciaba a los gatos.

—¿Se lo dijiste a él?

Olga negó con la cabeza.

Y Valentina le besó la frente.

—Ya verás qué contento se pondrá cuando, al volver, vea que tiene un hijo. O una hija.

Las mujeres se quedaron así, en el nido de esos brazos. La cabeza de una sobre la de la otra. Apoyadas. Un gesto íntimo de amor verdadero. De pronto, Valentina se echó a llorar. Olga sabía por qué. Lo supo desde que la vio transformarse en esa alma en pena. En una madre sin hijos. Peor. Con hijos muertos. Y a Olga le entró el pavor. El miedo a perder. Otra vez. Ahora era Olga quien consolaba a Valentina:

—Este niño será de las dos —se escuchó decir aunque no lo pensara de verdad.

¡Lo que Valentina habría dado porque uno de sus hijos hubiera sido padre! Por verlos crecer. Enamorarse. Vivir. Valentina se levantó, se sirvió un vaso de vodka y se encerró en su habitación. Así

era siempre. No se permitía ninguna alegría. Porque ella estaba viva y sus hijos no.

Olga comenzó a ilusionarse con la idea de ser madre. Una parte de Pieter habitaba en ella, y eso la hacía feliz en medio de la tristeza. Continuó con su trabajo, soportando el mal genio de Boris. Y extrañó a su madre como nunca.

A los pocos días, el suelo bajo los pies de Olga se volvió blando. Un lodazal de polvo, charcos y angustia. Comenzó a marearse. Trató de enfocar la vista, pero la imagen de Valentina sentada en la mesa de la cocina se emborronaba en un sinfín de rayas azules y negras que se mecían en horizontal de un lado al otro.

Después, la humedad.

Esa asquerosa y húmeda sensación en las bragas. Fría, pegajosa. Un pitido en los oídos. El zumbido constante y chillón del silbato de una locomotora que se le metía en los tímpanos. El tacto de su mano caliente en la entrepierna mojada, la mancha roja en la falda, en los dedos, el olor a hierro viejo, y una voz distorsionada en cámara lenta que a lo lejos la llamaba.

—Olga... Olga...

Luego se desmayó.

Allá, en el campo de batalla, Pieter no supo que su mujer había perdido al hijo que esperaban, ni lo sabría jamás.

Muchas noches Olga tuvo pesadillas con la imagen del feto muerto. Quiso ser gata para lamerlo, para embriagarse con su sangre y sus lágrimas. Se sintió más sola que nunca.

Cinco años llevaba Olga esperando ver a Pieter aparecer por la puerta.

Pero no había vuelto.

Aún.

Y mientras seguía esperando, la voz de esa promesa prendida en su espalda, «Volveré», la aplastaba contra el suelo. Olga avanzó sin detenerse, arrastrando a cuestas su resignación de tortuga.

Pero en cuanto pasaba el umbral de la oficina, se producía una especie de magia. Allí su caparazón se hacía invisible, porque todos los camaradas cargaban con el peso de sus propias corazas. Era poner un pie en la oficina y Olga se convertía en un minero que salía a la superficie tras escarbar en la oscuridad. Respiraba. Y un torrente con

olor a plumero recién pasado, a limpiacristales y a cera para la madera irrumpía en su interior. Antes de sentarse, pasaba el dedo índice por el escritorio para regocijarse en su rechinar. Los sonidos de la oficina la relajaban. Procuraba no apretar con fuerza las engrapadoras al usarlas, ni presionar más de la cuenta los lápices contra el papel y colocaba las plumas en una taza de cerámica para no tener que hacer ruido al abrir cajones. El clin-clin-clan de las teclas de la máquina de escribir al chocar con el rodillo le producían, el mismo placer que cuando escuchaba a Rajmáninov. Sobre todo, quería ser útil a su jefe, porque Olga compensaba la ausencia de Pieter con la satisfacción de hacer bien su trabajo, aunque éste consistiera en tareas repetitivas y monótonas como ordenar oficios, archivar cartas, contestar misivas o solicitar —a tres instancias distintas— cinta para las máquinas de escribir. Qué lejos quedaba ya el arte, el suprematismo. Los trazos vigorosos de vida. Aun así, cuando nadie la veía, Olga hacía ejercicios de dibujo y llenaba libretas enteras con bocetos de sus manos. Su mano agarrando un pincel, su mano abierta. El puño apretado. Bocetos hiperrealistas que habrían sacado los colores al mismísimo Iliá Repin.²

Boris la consideraba la más virtuosa de todas las subordinadas que había tenido. Y cuando alguien entraba a su despacho, tardaba unos segundos en percatarse de su presencia, pues Olga era un camaleón que sabía camuflarse siempre que la ocasión lo ameritase, y pasaba desapercibida a pesar de estar apostada en la pared o junto a la mesa de madera o en la silla de terciopelo rojo. Boris solía decir que era «un poco muda». Y luego bromeaba:

—La secretaria perfecta.

Olga había aceptado hacía tiempo que su vida sería siempre así, entre el mutismo, la herida y la espera.

Pero esa mañana de diciembre de 1947 en la que aparentemente todo ocurrió como cualquier otro día, con la nieve pintando de blanco el paisaje, con el hielo construyendo figuras geométricas en las ventanas, con la oficina despertando por el fuerte olor a aceite de muebles recién pasado, con Boris hundiendo las suelas de sus zapatos hasta hacerlos sonar —poc, poc— contra el suelo, con un té humeante que soltaba aromas de una bolsita y un pan tostado con

² Iliá Repin fue un destacado pintor y escultor ruso de origen ucraniano. Fue ejemplo para ser imitado por los artistas del realismo socialista.

mermelada en el ángulo perfecto... A pesar de que la rutina se repitió como un calco en un papel carbón, ocurriría algo que cambiaría la vida de Olga para siempre.

Porque hay rayos que al caerte encima te parten sin matarte, te dividen en dos, la que eras antes y la que serás después, te alumbran desde dentro como si en el centro del pecho te naciera un faro, y a partir de entonces, sólo tienes dos opciones: o cegarte o volverte una sola con la luz. Y esa luz se le presentó a Olga una mañana en la que el sol de invierno no alcanzaba a derretir la nieve que cubría las calles ni los techos y en la que Boris recibió una instrucción que no supo cómo cumplir.

Hasta antes de ese día, Olga había vivido con la certeza de que su vida sería una estepa plana y avinagrada por los siglos de los siglos. Y con la parsimonia con la que una masa cruda se va extendiendo por un molde, se adaptó. A ser la mujer de un marido ausente, a su útero hueco, a convivir con la tristeza de Valentina, a la tranquilidad de un trabajo monótono, a la renuncia de sus sueños artísticos. Lo que Olga no sabía era que, al igual que las alubias se reblandecen en remojo para poder cocerse después más rápido en la olla, su vida estaba a punto de convertirse en un remolino capaz de dejar huellas en la tierra.

Y todo fue por esa carta.

La viajada y ninguneada carta mexicana que dinamitó todo.